

PRIMERA APARICIÓN DE LOS HOMBRES-MUJERES NOVELADOS

VIA MARCEL PROUST

Óscar Mata*

[El título exacto y completo del primer capítulo de *Sodoma y Gomorra*, cuarto de los siete tomos que componen *En busca del tiempo perdido*, es: “Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de los habitantes de Sodoma que fueron perdonados por el fuego del cielo”, al que Proust –algo raro en él– da un epígrafe, compuesto por dos versos de Alfred de Vigny:

“La femme aura Gomorrhe/ et l’homme aura Sodome”. Este capítulo único de la primera parte de *Sodoma y Gomorra* está colocado justo a la mitad de la monumental novela, a manera de oscuro corazón, y guarda paralelismo con el capítulo que inicia la obra, la celeberrima narración del té y la magdalena, donde el recuerdo materialmente se apodera del narrador, quien ve surgir a Combray de su taza de té. En el inicio del tomo número cuatro el narrador tiene otra revelación: el hecho de que un hombre que daba la impresión de ser extremadamente viril, el barón de Charlus, en realidad es una mujer, un hombre-mujer, un homosexual. A partir de ese momento y hasta *El tiempo recobrado*, en la novela desfilarán varios personajes que cargan el “vicio secreto”, como Saint Loup y el Príncipe de Guermantes, también padecido por el escritor francés, para quien esta desviación significaba “un error”, pero también “una rica fuente de fantástica poesía”.¹

* Profesor-Investigador de la UAM-Azcapotzalco.

¹ Marcel Proust. *En busca del tiempo perdido*. 4/ *Sodoma y Gomorra*, Madrid, Alianza Editorial, 1967, p. 32.

El capítulo que nos ocupa consta de unas once mil palabras y refiere muy pocos hechos: monsieur de Charlus acude a visitar a madame de Villeparisis, quien está enferma, a deshoras; a la salida de su breve visita, cuando el barón se cree solo en el patio, el narrador lo observa:

...no pude menos que pensar que si monsieur de Charlus se diera cuenta de que le miraban le daría mucha rabia; pues aquel hombre tan entusiasta de la virilidad, aquel hombre que tanto presumía de virilidad, aquel hombre al que todo el mundo le parecía odiosamente afeminado, me hacía pensar de pronto en una mujer: hasta tal punto tenía pasajeraamente los rasgos, la expresión, la sonrisa de una mujer.²

En ese preciso instante el barón se encuentra con Jupien, un antiguo chalequero, quien resulta homosexual como el aristócrata. Casi de inmediato se ponen a tono, “como obedeciendo las leyes de un arte secreto”.³ Jupien lo hace pasar a su casa donde sostienen una relación sexual; el narrador sólo percibe los sonidos del placentero acto, muy parecidos a los del dolor, algo que Proust bien sabía en carne propia. Se trata de la segunda relación homosexual de *En busca del tiempo perdido*, pues en *Por el camino de Swann*, el narrador, que en ese entonces era un niño, logra atisbar los amores lésbicos de mademoiselle Vinteuil, agazapado tras la ventana de la muchachâ, durante sus paseos por Combray. Después del acto entre los dos hombres-mujeres, el barón quiere dar dinero a Jupien, que lo rechaza firmemente, por lo que Charlus en pago por sus servicios lo toma bajo su protección y lo recomienda con sus numerosas amistades. Proust, quien concebía al mundo como un enorme jardín botánico, compara este episodio con la fecundación que el moscardón (Charlus) hace de la flor (Jupien), en una de sus más famosas alegorías. Pero el aspecto más importante de este capítulo, por lo menos para los fines del presente trabajo, estriba en las reflexiones de Marcel Proust acerca de los descendientes de los habitantes de

² *Ibid.*, p. 12.

³ *Ibid.*, p. 13.

Sodoma, entre los cuales se contó el novelista. Muy joven, casi un niño, había respondido así a una pregunta de un cuestionario que al paso del tiempo ha dado en llamarse “cuestionario Proust”:

¿La cualidad que deseo en un hombre?

—Que tenga encantos femeninos.⁴

Marcel Proust fue un homosexual o, si se quiere, un bisexual, pues se relacionó sexualmente tanto con mujeres como con hombres. George D. Painter, su biógrafo más reconocido, en el capítulo “La sima de Sodoma”, se resiste a aceptar esa realidad que él mismo deja bien establecida. Proust tuvo tratos carnales con hombres, de preferencia de corta edad, y solía visitar un burdel masculino en el París de la Gran Guerra —esto es, del verano de 1917 al verano de 1918— donde buscaba crueldad en los jóvenes que ahí laboraban; sentía especial predilección por los matarifes a quienes ansiosamente interrogaba acerca de sus experiencias y sus contactos con la sangre. En la ficción novelística Charlus sufre flagelaciones y es llamado “El Encadenado” en el lupanar. Como dato curioso, Painter, como antes André Maurois,⁵ señala que en el burdel, cuyo dueño era un bretón de nombre Albert Le Cuziat, y en la novela pertenece a Jupien, estaban los muebles que habían pertenecido a los padres del novelista, quien se los regaló al proxeneta.

Proust era un individuo indudablemente viril, a quien siempre habían gustado los jóvenes dotados de virilidad, pero en este terrible periodo en que descendió a las profundidades de un espantoso infierno, llegó a buscar también la violencia y la crueldad, en virtud de unos impulsos generalmente dormidos, que en determinados periodos revivían plétóricos de fuerza.⁶

⁴ André Maurois, *En busca de Marcel Proust*, Barcelona, Ediciones G.P., 1967, p. 48.

⁵ *Ibid.*, p. 139.

⁶ George D. Painter, *Marcel Proust II*, Barcelona, Lumen, 1967, p. 400.

Painter ignora, o pretende ignorar, que el ser humano a quien más amó Marcel Proust no fue una mujer sino un hombre: Alfred Agostinelli, quien fue su chofer, su secretario, pero básicamente su protegido y, por sobre todas las cosas, el depositario de su amor. A mediados del siglo XX, cuando professor Painter escribió su extraordinario trabajo biográfico, no se aceptaban las formas, supuestamente anormales, en que los seres humanos ejercen su sexualidad, con el liberalismo imperante en nuestros días. Entre esas manifestaciones “secretas” está el hecho de que un individuo llegue a sostener relaciones sexuales con personas de ambos sexos. La amplísima investigación de Painter permite afirmar que Marcel Proust fue bisexual, aunque indudablemente las creaturas de sexo masculino inspiraron —o si se quiere provocaron— sus sentimientos amorosos más intensos, de allí que la homosexualidad resulte un tema fundamental en su novela. En la ficción literaria el narrador, trasunto de Proust, es un soltero que jamás tiene un contacto homosexual y sostiene relaciones sexuales con varias mujeres, amén de amar a Albertine, con quien vive una tormentosa relación. Veamos algunos de los conceptos y las ideas proustianas respecto a “los hombres-mujeres descendientes de los habitantes de Sodoma”, expresadas a propósito del encuentro Charlus- Jupien.

Marcel Proust se refiere a la homosexualidad como “un vicio”, aunque de inmediato aclara “(se habla así por comodidad de lenguaje)”.⁷ Señala que los hombres-mujeres forman una raza sobre la que pesa una maldición, ya que a los hombres acompañados por este mal

casi siempre les está vedada la posibilidad de ese amor cuya esperanza les da la fuerza necesaria para soportar tantos riesgos y tantas soledades, pues se enamoran precisamente de un hombre que no tiene nada de mujer, de un hombre que no es invertido y que, por consiguiente, no puede amarlos; de suerte que su deseo no se vería nunca satisfecho si el dinero no les proporcionara verdaderos hombres y si la imaginación no acabara por

⁷ Marcel Proust, *op. cit.*, p.22.

hacerlos tomar por hombres verdaderos a los invertidos con los que se han prostituido.⁸

Eso exactamente sucedió con Proust y Agostinelli. Alfred estaba casado y vivía en casa del escritor en compañía de su esposa, a la que por lo demás continuamente engañaba. Cierta día el matrimonio dejó la casa del novelista, pues la mujer había convencido al chofer de que aprendiera a manejar aeroplanos. En una de sus primeras prácticas de vuelo Alfred se precipitó al mar con su nave y su muerte le produjo a Proust uno de los dolores más intensos de su vida, conocidos por sus lectores como “las intermitencias del corazón” cuando Albertina desaparece.

Proust hace notar que entre quienes padecen la inversión hay diversas formas de asumirla y ejercerla. No faltan quienes alardean de ella, lo cual condena al escritor. También hay quienes se consideran superiores a las mujeres.

los que por el carácter excepcional de su inclinación se creen superiores a las mujeres, las desprecian, erigen la homosexualidad en privilegio de los grandes genios y de las épocas gloriosas y, cuando quieren hacer compartir su inclinación, más que a los que parecen predispuestos a ella, como al que puede serlo, se dirigen a los que les parecen dignos de compartirla, por celo de apostolado.⁹

Los ejemplos en este sentido serían innumerables, nos remontarían al antiguo Oriente, a la Grecia clásica y a lo largo de los siglos irían añadiendo nombres muy conocidos por todo mundo en virtud de sus aportaciones al saber y al progreso humanos.

Otros hombres-mujeres buscan relacionarse con sus semejantes del sexo opuesto, esto es, las mujeres a quienes gustan las mujeres. He aquí la causa: “porque éstas pueden proporcionarles un joven, aumen-

⁸ *Ibid.*, p. 25.

⁹ *Ibid.*, pp. 30-31.

tar el placer que sienten con él; más aún, pueden, de la misma manera, sentir con ellas el mismo placer que con un hombre.¹⁰

Estos se distinguen de los descendientes de los habitantes de Gomorra que llegan a mantener relaciones placenteras con mujeres y no representan problema alguno para sus semejantes.

De aquí que quienes aman a los primeros sólo les causa celos el placer que éstos podrían sentir con un hombre, pues sólo ese placer les parece una traición, puesto que no participan del amor a las mujeres y no le han practicado sino como costumbre y para reservarse la posibilidad del matrimonio, imaginándose tan mal el placer de ese amor que no pueden soportar que el hombre que ellos aman lo goce; mientras que los segundos inspiran a menudo celos por sus amores con mujeres. Pues en las relaciones que tienen con ellas, representan, para la mujer que ama a la mujer, el papel de otra mujer, tanto que el amigo celoso sufre de sentir al que él ama unido a la que es para él casi un hombre, y al mismo tiempo siente casi que se le escapa, porque para esas mujeres es algo que él no conoce, una especie de mujer.¹¹

Para el invertido la satisfacción de sus necesidades sexuales es un asunto sumamente difícil, pues “depende de la coincidencia de demasiadas condiciones y demasiado difíciles de encontrar”,¹² según había constatado el escritor. Proust abunda al respecto: --

lo que es siempre muy raro para todo el mundo resulta para ellos casi imposible [...], si se produce un encuentro verdaderamente afortunado para ellos o que la naturaleza les hace verlo afortunado, su dicha, mucho más que la del enamorado normal, tiene algo de extraordinario, de selecto, de, profundamente necesario. El odio entre los capuletos y los montescos no es nada al lado de los impedimentos de todo orden que ha habido que vencer, de las eliminaciones especiales que la naturaleza ha tenido que sufrir en los azares ya poco corrientes que llevan al amor.¹³

¹⁰ *Ibid.*, pp. 32-33.

¹¹ *Loc. cit.*

¹² *Ibid.*, p. 38.

¹³ *Loc. cit.*

Para terminar, Proust teje una metáfora con base en elementos botánicos para referir la maldición que pesa sobre los hombres-mujeres.

Por último, como la inversión misma se debe a que el invertido se parece demasiado a la mujer para tener con ella relaciones útiles, se adapta a una ley más alta por la que tantas flores hermafroditas permanecen infecundas, es decir, la esterilidad de la autofecundación. Verdad es que los invertidos en busca de un macho suelen contentarse con un invertido tan afeminado como ellos. Pero basta que no pertenezcan al sexo femenino, del que llevan en sí mismos un embrión del que no pueden servirse, lo que ocurre a tantas flores hermafroditas e incluso a algunos animales hermafroditas, como el caracol, que no pueden fecundarse a sí mismos, pero pueden ser fecundados por otros hermafroditas.¹⁴

En todo ser humano hay embriones o vestigios del sexo opuesto por obra y gracia de “aquel hermafroditismo inicial de cuyos rudimentos de órganos machos parecen quedar huellas en la anatomía de la mujer y de los femeninos en el hombre”¹⁵ En algunas personas estos “rudimentos” ya no de órganos sino de preferencias sexuales se desarrollan dando origen a los invertidos, que contra lo que pudiera pensarse son una multitud, o por lo menos muchos más de lo que ellos-ellas desearían. Estos seres condenados, pero aún vivos, ¿de dónde provienen? De muy lejos y de mucho, muchísimo tiempo atrás. El Génesis habla de ellos, pues son sobrevivientes de la destrucción de Sodoma, la ciudad maldita, de donde pudieron alejarse por obra y gracia de la mentira, misma que desde entonces ha permitido su permanencia en este mundo. Si fueron capaces de engañar a los ángeles enviados por el Altísimo para impedir la salida de los pecadores de la ciudad condenada a desaparecer de la faz de la Tierra, ¿qué no harán con los humanos?...

Proust los presenta con todo detalle en la segunda parte de su novela, en escenas que para sus contemporáneos y las siguientes generaciones resultaron aberrantes; sin embargo, con el paso de los

¹⁴ *Ibid.*, p. 40.

¹⁵ *Ibid.*, p. 41.

años, en tiempos finiseculares y de inicio de un nuevo milenio, con la proliferación de la pornografía y la aceptación de que cualquier persona es libre de ejercer su sexualidad de la manera más conveniente y satisfactoria para él o para ella, o para él'-ella o ella-él, con tal de que tenga el consentimiento de su compañero o compañera sexual, no son tan aberrantes ni merecedoras de condena, a fin de cuentas se trata de la muy humana búsqueda de felicidad, de un poco de felicidad, aunque ciertamente se aparten de la norma general. Lo mismo sucede con las escenas del episodio de Circe en el *Ulysses* de Joyce: día a día revelan más y más su aspecto lúdico y se muestran menos escatológicas, en un cambio de apreciación que bien puede atribuirse al progreso humano en lo referente a la actitud hacia la sexualidad y, sobre todo, en la comprensión del vastísimo y complejísimo fenómeno humano. En el caso de los hombres-mujeres –y en el de las mujeres-hombres, así como con mujeres y hombres–, el Tiempo, según nos hizo ver Marcel Proust, ha acabado mostrándonos a los seres humanos y sus comportamientos sexuales en todas sus facetas y con todas sus aristas, en toda su gigantesca y efímera magnitud.